

Volver a los Griegos: Un Imperativo Moral

Francisco Rivero

VENEZUELA:

Profesor de Ética en la Universidad Metropolitana de CARACAS

Doctor en Filosofía por la Universidad Católica de Milán

El racionalismo moderno se articula histórica y filosóficamente en dos grandes corrientes: la “idealista” proveniente de Descartes, y la “empirista” proveniente de Bacon, Hobbes y Locke. Ambas corrientes comparten, entre otras cosas, la tesis de que la razón, la verdadera y auténtica razón, se ordena, esencial y constitutivamente, al poder.

Esta reducción de la razón a poder define la esencia de la Modernidad. Ella es la fuente de la “idea” ilustrada, de que a través de la nueva “racionalidad” la humanidad superará la ignorancia, el error y la superstición y se autoliberará, definitivamente, de todo límite y necesidad. La difusión de esta doctrina, debe asegurar a su vez, el “advenimiento universal del progreso y la libertad”, es decir, el descubrimiento y la asunción, por parte de la humanidad, de su verdadero destino y su auténtica vocación, a saber, la de recrear, según los parámetros de la nueva razón y por lo tanto “racional” y “científicamente”, el orden entero de la realidad. (1)

Ver, Albert Camus, *El Hombre Rebelde*. trad. castellana, Luis Echávarri. (Madrid: Alianza Editorial, Ediciones de Bolsillo; 1982) Cap. 2. p. 39, donde dice, “La rebelión metafísica propiamente dicha no aparece de una manera coherente en la historia de las ideas hasta fines del siglo XVIII. Los tiempos modernos se inician entonces con gran estrépito de murallas derribadas. Pero a partir de ese momento sus consecuencias se desarrollan de manera ininterrumpida, y no es exagerado pensar que han modelado la historia de nuestro tiempo.”

Esto supone, nada más y nada menos, que la sustitución de Dios por el hombre como fundamento absoluto de la realidad. (2)

Ibid. p.37. Donde Camus dice, “Una vez derribado el trono de Dios, el rebelde reconocerá que esa justicia, ese orden, esa unidad que buscaba inútilmente en su condición tiene ahora que crearlos con sus propias manos y con ello deberá justificar la caída divina. Entonces comenzará un esfuerzo desesperado para fundar, al precio del crimen si es necesario, el imperio de los hombres.”

La revolución moderna, socialista o liberal, trasciende, por eso, el plano de la sola “crítica” política, económica y social, y se ordena, demencialmente, a lo que es de por sí imposible de cambiar, a saber, la estructura misma del Orden ontológico de la Realidad. (3)

Ibid. p.35. Donde Camus escribe, “La rebelión metafísica es el movimiento por el cual un hombre se alza contra su condición y la creación entera. Es metafísica porque discute los fines del hombre y de la creación. El esclavo protesta contra la condición que se le impone dentro de su estado; el rebelde metafísico, contra la condición que se le impone como hombre. El esclavo rebelde afirma que en él hay algo que no acepta la manera con que le trata su amo; el rebelde metafísico se declara frustrado por la creación.”

Como lo expresó Nietzsche inolvidablemente en su *Gaya Ciencia*, lo que la Modernidad pretende es la “muerte de Dios”, esto es, es la sustitución de Dios por una humanidad “autónoma”, “independizada” y “liberada” de toda normatividad esencial; de todo orden, subordinación y jerarquía ontológica y moral, o lo que es lo mismo, de toda verdad, bien, deber y moralidad trascendente y espiritual.

Puesto en términos bíblicos, lo que se busca es la sustitución, en el corazón del hombre, de la “Ley” por la “Libertad”. La “Ley” estaría representada por el Primer Mandamiento: “Amarás al Señor tu Dios con toda tu mente y todas tus fuerzas y todo tu corazón”. La “Libertad”, por la incitación del *Tentador* al Hombre en el Jardín del Edén: “Serás como Dios”. Una vez aceptada esta falsa oposición proveniente de Lutero y la Reforma, la “sustitución” del Amor de Dios, reducido a “Ley”, por la Voluntad de Poder, erigida en “Libertad”, se convierte en una fatalidad. Dicho en otros términos, una vez aceptada la falsa y sofisticada oposición entre Libertad y Ley, la “sustitución” del Amor de Dios por la Voluntad de Poder será asumida como el “mandamiento nuevo” de la Modernidad, esto es, como el fin y la norma del proyecto o “proceso” del Progreso y la Revolución.

Ahora bien, la reducción de la Razón a Poder, o a Voluntad de Poder, en que se funda la Modernidad, es, como lo vio Nietzsche, la fuente misma de su quebranto y disolución. Esto es así porque la identidad entre razón y poder supone y conduce, inexorablemente, al nihilismo, es decir, a la negación absoluta de toda verdad, orden, sentido, y finalidad, de la índole que sea, incluyendo la del Proyecto Revolucionario e Ilustrado mismo, con su fe “racional y científica” en el Progreso y la Liberación, que se revelan así, dadas sus premisas, como máscaras y disimulaciones de la única, sola, y soberana Voluntad de Poder en que se resuelve y anula toda “verdad”, incluyendo, por supuesto, la del culto “moderno” al Mercado y la Revolución.

Ni

Ni la “Muerte de Dios”, ni la “muerte” de la Verdad, el Bien, la Persona, el Espíritu y la Libertad fueron, por eso, locuras o inventos de Nietzsche para quebrantar la autocomplacencia del culto moderno al “Progreso” y a la “Razón”. Ese culto, propagado por el afán de sustituir a Dios por mitos como el del Empresario-Providencia, “creador de puestos de trabajo” y mediador universal de “Bienestar”, “Progreso” y “Felicidad”, o como el del Revolucionario-Redentor, mediador universal del “Hombre Nuevo”, la “Justicia” y la “Liberación”, deriva entero del nihilismo que resulta de la identidad entre Razón y Poder que define a la Modernidad.

Nietzsche (a quien Camus tiene bien en cuenta) no funda, pues, el nihilismo moderno: lo constata, describe su “psicología”, descubre sus disimulaciones y sus máscaras, diagnostica su curso, identifica sus implicaciones, define sus exigencias. Entre ellas, la de que no hay

verdad y si no hay verdad, tampoco hay razón, ciencia, fines, sentido, ni principios, lo cual significa no sólo la disolución del “edificio” entero de la Modernidad, sino la disolución de cualquier “edificio”, de la índole que sea, es decir, la disolución del alcance, jerarquía, y significación ontológica y moral de toda Norma, Ley, Orden y Sentido: nada tiene fundamento porque no existen Fundamentos.

Negar la verdad, no es por eso “liberarse”. Negar la verdad es negar al Ser, es afirmar que no hay nada que ver y si no hay nada que ver, no hay nada que juzgar o decidir, no hay nada que amar, desear, esperar, encontrar, elegir, añorar o rechazar. El querer mismo carece de sentido y la soledad ontológica y moral del hombre es absoluta. En un contexto semejante, la mente, el juicio, la elección y la conciencia son la vivencia misma de la nada. Pensar es un infierno. ¿Y la libertad? Qué puede ser la libertad si todo acto libre se ordena a un fin y no hay fines? Qué, si no ella misma, también, pura inanidad y vacío? Por eso es que hay que aturdirse, no pensar, no buscar, no preguntar, drogarse, engañarse, distraerse, ocuparse: sobre todo ocuparse, de modo compulsivo, obsesivo, absoluto, para “liberarse” así del pensar y la conciencia. No es, pues, accidental el desprecio del Occidente “moderno” por el pensamiento y el espíritu; no es accidental su obsesión técnica, su absolutización del poder, su culto al éxito, la acción y la eficacia. (4)

Ibid. p.333. Donde Camus expresa con perfecta inteligencia: “La naturaleza que deja de ser objeto de contemplación y admiración no puede ser ya luego sino la materia de una acción que aspira a transformarla....Si, en efecto, Dios es expulsado de este universo histórico, nace la ideología alemana, en la que la acción no es ya perfeccionamiento, sino pura conquista, es decir, tiranía.”

Para justificar y disimular esta muerte espiritual, para aliviar y narcotizar la íntima desesperación de su alma, la modernidad occidental ha creado las ideologías. Ellas son los “mitos” modernos; las “fórmulas” que nos eximen de pensar; las grandes recetas técnicas de la felicidad universal; los narcotizantes sustitutos del Ser, el Mundo, Dios, el Hombre y la Conciencia que nos “salvan”, --como magistralmente lo describió Dostoyevski en su *Leyenda del Gran Inquisidor*,-- no sólo de la Nada, sino del Pensamiento, la Vida y la Libertad. Con tal, por supuesto, que les entreguemos el alma, que abduquemos del propio juicio y libertad, que accedamos a convertirnos, total e incondicionalmente, en activistas o engranajes del Proceso, o Culto, o Sistema, o Proyecto, o Liturgia, de por ejemplo, la Nación, el Estado, la Ciencia, la Humanidad, el Mercado, la Raza, el Progreso, la Historia, o la Revolución.

Esta enfermedad espiritual, esta auténtica patología del alma, esta ceguera moral y espiritual, esta radical y voluntaria alienación de la mente y la voluntad, esta basura intelectual, es lo que el occidente “moderno” en nombre de la “Ciencia”, el “Progreso” y la “Liberación”, pretende imponerle hoy al mundo a través del culto ideológico al Mercado o la Revolución.

La tesis de la identidad entre Razón y Poder conduce, pues, a la afirmación de que no hay verdad; de que toda decisión y juicio es relativo y circunstancial; de que no hay, consiguientemente, ni puede haber, en ningún sentido último y esencial, Ser, Bien, Mente, Sentido, ni Libertad. En este nihilismo concluyen los sueños de la Modernidad.

¿Qué queda entonces, si no hay Mente ni Libertad? Quedan las “formas” de la Mente y la Libertad. Queda la “Lógica”, una lógica “liberada” e “independizada” de la Verdad, el Bien y la Libertad: la Lógica “dura” de la Ciencia y de la Técnica; la Lógica “libre” de la fantasía y la imaginación, y subyaciéndolas a todas, la Lógica de las Lógicas: la lógica del Vacío, la Nada y la Desesperación; la lógica del Absurdo y la Inanidad que deriva de la negación absoluta y devoradora del nihilismo, que al “liberarnos” de la verdad, nos “obliga”, “autoriza” y “ordena” al suicidio, el crimen, la muerte y la depravación. (5)

Entre tantos textos de esta gran obra que se podrían citar, por ejemplo la sección intitulada, *la rebelión de los dandys* (HR, pp. 61-68), están estas famosas líneas de la Introducción con las que Camus inicia el libro: “Hay crímenes de pasión y crímenes de lógica. El Código Penal los distingue, bastante cómodamente, por la premeditación. Estamos en la época de la premeditación y del crimen perfecto. Nuestros criminales no son ya esos muchachos desarmados que invocaban la excusa del amor. Por el contrario, son adultos, y su coartada es irrefutable: la filosofía, que puede servir para todo, hasta para convertir a los asesinos en jueces.”

Dicho en otros términos, dada la lógica del nihilismo y dada la inevitabilidad de la acción, la mente y la libertad solo se “cumplen” en el crimen, el vicio, y la perversión. No sólo se puede pecar: **se debe pecar**. Esta es la esencia de la “nueva” ciencia o racionalidad; esta es la esencia de la libertad; esta es la única y verdadera ética y espiritualidad: la “última lógica” a la que el hombre, inseparable del razonamiento y de la verdad, desesperadamente obedece y se aferra en su afán de sentido y finalidad. En esta profanación demoníaca de la mente y la libertad, se resuelve el *ethos* del culto al Poder, la Eficacia y la Acción que informa a la “modernidad”. Este es el término al que conducen lo que hoy entienden por “Libertad”, “Derecho” y “Autonomía” tanto el “Mercado” como la “Revolución”.

La identidad entre Razón y Poder conduce, pues, a la instrumentalización y funcionalización de la razón. Esto conduce a su vez, a la relativización o reducción de la verdad, el bien y la libertad, a poder. Si la Razón es Poder, todo es Poder, o máscara del Poder, absolutamente. Esto supone la destrucción de la Razón, la Persona, la Conciencia y la Libertad, no solamente de hecho, sino “de derecho”, como lo demuestran hasta la saciedad la praxis y “cultura” de las sociedades “liberales” y “revolucionarias” contemporáneas..

Liberalismo y Revolución no son, por eso, alternativas: son máscaras del nihilismo y la voluntad de poder que minan a la civilización occidental “moderna” y a través de ella a todas las culturas de la Tierra. Esta falsa y fatal alternativa es, sin embargo, lo que hoy, tanto el socialismo “revolucionario” como el neoliberalismo democrático, plegándose a la mortífera lógica de la modernidad, le están ofreciendo criminal e irresponsablemente a la humanidad, como camino de progreso, justicia y liberación.

Es en este contexto ideológico, descrito y analizado magistralmente por Albert Camus en libros como *El Hombre Rebelde*, que debemos comprender su llamado a “volver a los griegos.” Ver, *Ibid.* pp.39-45.

- . Ver también el maravilloso ensayo, *El Destierro de Helena*, en la traducción castellana de Alberto L. Bixio del libro *El Verano* (Barcelona: Edhasa; 1986) p.24. Donde esta sola frase ya lo expresa todo, “Hemos desterrado a la belleza. Los griegos en cambio tomaron las armas por ella.”

Cuando se trata, en efecto, de la literal disolución de la conciencia y la libertad en nombre del progreso de la Razón, no hay manera de impedir la deriva hacia la locura sin volver a las experiencias filosóficas que determinaron el descubrimiento griego del orden de la razón. Dicho de otro modo, la disolución de la conciencia y la libertad a que conduce la lógica de la modernidad, es lo que determina la necesidad moral de volver a los griegos, es decir, de volver a las fuentes, de redescubrir los elementos, de recuperar los fundamentos, esto es, de pensar, o lo que es lo mismo, de anular los dogmas, rechazar las fórmulas, y romper los paradigmas de una modernidad, cuya lógica, como dramáticamente lo ha demostrado Alberto Camus, nos ordena al crimen y a la depravación en nombre de la razón y la libertad. (Ver las referencias de la nota 5)

La crisis de la modernidad, en otros términos, nos obliga moralmente a repensar la realidad. A repensarla, no en orden al poder, la utilidad, o la eficiencia, no en orden al sólo dominio y control del Universo, como nos lo proponen Bacon y Descartes, sino en orden a la verdad que es lo único que puede definirla sin mediatizarla y violentarla. Para eso, como no se cansó de decirlo y explicarlo Camus, tenemos que “volver a los griegos” y trascender la visión “moderna y progresista”, que encarnan, retroalimentándose en un círculo vicioso demencial, tanto los cultores ideológicos del mercado como los de la revolución.

Volver a los griegos no es, pues, volver a los enunciados doctrinales de uno u otro de los filósofos de la antigüedad, es volver al plano de conciencia intelectual y moral que descubrió para la humanidad los principios, no sólo lógicos, sino éticos y ontológicos, que especifican al hombre y definen la libertad. De lo que se trata pues, no es de retornar a la filosofía de Aristóteles o de Plotino, sino de recuperar las experiencias espirituales, intelectuales y morales originarias que hicieron posible la ciencia, o lo que es lo mismo, la actualización de la vida del espíritu y la libertad, no como voluntad de poder, sino como *eros* inagotable y contemplativo de la verdad. Dicho en otros términos, la vida de la inteligencia, tal y como los filósofos-teólogos de Grecia la actualizaron y desarrollaron, al descubrirnos la inteligibilidad intrínseca del Mundo, la espiritualidad y sabiduría esencial y trascendente de Dios, o de lo Divino, y la comunidad moral y ontológica de toda la humanidad, nos descubrieron algo que es más que Grecia. Nos descubrieron la universalidad y trascendencia de la verdad, y con ella, el fundamento de todo posible conocimiento del Mundo, de todo posible conocimiento de Dios, y de todo posible conocimiento del Hombre. La verdad, consiguientemente, no oprime, ni puede oprimir, a un ser dotado de conciencia y de libertad. La verdad define, revela, abre, descubre, libera y da a manos llenas, sin guerra, violencia, compulsión, ni fuerza. Ella es, por eso, principio y fundamento de toda comunidad auténtica.

La obra entera de Camus esta informada de principio a fin por esta sensibilidad y esta conciencia. De ahí su fuerza y su esplendor perennes. De ahí su grandeza intelectual y espiritual y su belleza. De ahí su inquebrantable amor y admiración, o como el diría,

fidelidad, al Mundo, y a todos los ritmos, límites y alternancias que lo constituyen y actualizan. Mundo, del que siempre tan bella y conmovedoramente habló y que fue, y permaneció siempre, su última y su primera inspiración y escuela: norte, camino, sendero y fuente de toda humanidad y pensamiento auténtico. Valgan estas bellísimas palabras para dar fe de lo que digo:

“Amo esta vida con abandono y quiero hablar de ella libremente: pues me da el orgullo de mi condición humana. A menudo me han dicho, sin embargo, que no hay de qué gloriarse. Sí hay de qué: este sol, este mar, mi corazón que brinca de juventud, mi cuerpo con sabor a sal, la inmensa decoración en la que la ternura y la gloria se dan cita en el amarillo y el azul. A conquistar esto debo aplicar mi fuerza y mis recursos. Todo aquí me deja intacto, nada mío abandono, ninguna máscara reviso: me basta aprender pacientemente la difícil ciencia de vivir, que bien vale el saber vivir de los demás” (**Bodas en Tipasa**, en *Bodas*. trad. castellana Jorge Zalamea (Barcelona: Edhasa;1986 p.71) (8)

y también en *El Hombre Rebelde*, p. 340, donde textualmente dice:

“En la luz, el mundo sigue siendo nuestro primer y último amor. Nuestros hermanos respiran bajo el mismo cielo que nosotros; la justicia vive. Entonces nace la extraña alegría que ayuda a vivir y a morir y que en adelante nos negaremos a dejar para más tarde.”